

¿Por qué el terror?

Bhikhu Parekh ■

Como a millones en todo el mundo, las atrocidades del 11 de septiembre me parecieron abominables y condeno absolutamente estos actos terroristas. A pesar de la guerra contra el terror, seguimos presenciando más horrores, como lo que sucedió en Madrid. ¿Qué mueve a los terroristas? ¿Cómo enfrentan sus actos? ¿Acaso no hay alternativa para el ciclo de la violencia? Nadie está más autorizado para dar una opinión a este respecto que Mahatma Gandhi, el gran apóstol de la no violencia.

Mi intercambio imaginario entre él y Bin Laden pretende dos cosas: comprender, al menos en parte, la visión del mundo que inspira a Bin Laden, porque no podemos rebatirla si no la entendemos; y, en segundo lugar, examinar una alternativa que se ha dejado de lado. Mi Bin Laden es un constructo intelectual, una metáfora, que no se refiere tanto al hombre de carne y hueso, sino a un seguidor del islam radical a favor del terror, mucho más genérico.

B. P.

•••

Estimado Mahatma Gandhi
2 de octubre de 2003

Desde que mis seguidores atacaron la embajada estadounidense en Kenia, el buque de guerra USS Cole en Yemen y luego el World Trade Centre en Nueva York y el Pentágono en Washington, fuimos declarados enemigos del mundo civilizado que pueden ser perseguidos, torturados y asesinados como animales salvajes. No me sorprendió la reacción de los estadounidenses, pero me decepcionaron las reacciones hostiles de algunos de mis correligionarios musulmanes. A ellos les debo una explicación sobre por qué hicimos lo que hicimos, por qué nos mantenemos incólumes ante todas las calumnias que nos han lanzado y por qué volveríamos a hacerlo. Dado que todo acto político es ininteligible fuera de

Bhikhu Parekh es profesor de filosofía política, laborista y autor de tres libros sobre Gandhi. Este diálogo se basa en una conferencia pronunciada por primera vez en la Universidad de Boston. Este año aparecerá una versión más extensa en *The stranger's religion: Fascination and fear*, compilado por Anna Lannstrom (University of Notre Dame Press).

su contexto histórico, debo empezar con un poco de historia.

El islam es una gran religión, que continúa y completa las otras dos religiones abrahámicas. Las acepta como religiones genuinas y verdaderas, venera a sus profetas y siempre se ha mostrado tolerante y respetuosa hacia ellas. Gracias a la fuerza moral y espiritual de sus profundas verdades, el islam, de aparición histórica tardía, rápidamente logró conquistar la lealtad entusiasta de millones de personas en diferentes partes del mundo. Inspiró a sus seguidores con tal celo y fervor que sus ejércitos lograron conquistas contra todos los pronósticos y se convirtió en la segunda religión más poderosa del mundo. Los cristianos, que desde hace mucho tiempo sienten envidia de su atractivo y recelo de su poder, han tratado de desacreditarlo y socavarlo burlándose de sus creencias, vilipendiando a su profeta y realizando cruzadas en su contra. El islam ha sobrevivido a todo esto y ha levantado grandes imperios, el último de ellos el gran imperio otomano.

Con el surgimiento del mundo moderno, Gran Bretaña, Francia y otros países europeos empezaron a industrializarse. Impulsados por las ansias de poder y riqueza en los que se basan el capitalismo y el imperialismo, conquistaron grandes regiones del mundo y se dieron a la tarea de remodelar sus colonias a su imagen y semejanza. Como las sociedades musulmanas habían traicionado sus principios religiosos y se habían vuelto corruptas y degeneradas, fueron presa fácil. Al estar mejor armados, los británicos y los franceses arrasaron con el imperio otomano, lo dividieron en unidades políticas artificiales, impusieron gobernantes corruptos, los mantuvieron débiles y divididos, y los usaron para perpetuar su poder. Después de la guerra de 1939-1945, despojaron a los palestinos de su tierra, entregaron buena parte de ella a los judíos y crearon una fuente purulenta de injusticia representada por Israel. Las sociedades musulmanas siempre han incluido a grandes comunidades judías y las han protegido más que las sociedades europeas. Pero dar a los judíos su propio Estado, a costa de los palestinos, en el corazón del mundo árabe, fue provocador e injusto.

Cuando Estados Unidos sustituyó a los debilitados europeos en los años cincuenta, continuó con este proyecto y concibió un imperio propio más sutil. En nombre de la defensa del Occidente contra la amenaza soviética, montó y apoyó regímenes títeres en muchas partes del mundo, en especial en las sociedades musulmanas del Medio Oriente, de cuyo petróleo llegó a depender para su prosperidad. Fue aún más parcial en relación con Israel que los europeos, dedicándole buena parte de su presupuesto de ayuda al exterior, armándolo y fomentando sus ambiciones expansionistas. El derrumbe de la Unión Soviética dio a Estados Unidos la ilusión de omnipotencia y acabó con todos los frenos a su orgullo desmedido. Hoy, Estados Unidos está decidido a americanizar el mundo y reestructurar a todas las sociedades de acuerdo con lineamientos seculares, capitalistas, liberales y consumistas. Sus tropas están apostadas en 120 países y presiona a sus gobiernos para que cumplan su voluntad. Controla importantes instituciones económicas y políticas internacionales y las usa en beneficio de sus intereses. Cuando eso no funciona, recurre al soborno y el chantaje para salirse con la suya. Y cuando incluso esto falla, actúa de manera unilateral haciendo caso omiso del derecho y las instituciones internacionales. Ningún gobierno está fuera de su alcance. Aunque el actual régimen republicano muestra sin ningún reparo sus designios imperialistas, el régimen anterior de Clinton no era mejor. Seguía la misma política, aunque se apoyaba más en la presión económica y política que en la amenaza del poderío militar.

Si bien se debe combatir al imperio estadounidense en todos los rincones del mundo, me interesa sobre todo liberar a las sociedades musulmanas, no sólo porque ése es mi origen, sino porque constituyen el eslabón más débil en la cadena imperial y mi éxito ahí pondría un ejemplo e inspiraría a otros. Mi meta es cuádruple: sacar a los estadounidenses de las sociedades musulmanas; destruir Israel como Estado judío independiente y crear una Palestina libre donde los judíos puedan vivir como una minoría protegida; eliminar a los títeres corruptos de los estadouni-

denses de las sociedades musulmanas y reestructurar éstas con base en principios auténticamente islámicos; y, finalmente, restaurar la antigua gloria del islam uniendo a la umma y asegurando el dominio musulmán en países otrora musulmanes como Palestina, Bukhara, Líbano, Pakistán, Bangladesh, Chad, Eritrea, Somalia, Filipinas, Burma, Yemen del Sur, Tashkent y Andalucía.

La violencia es la única manera de alcanzar esas metas porque es el único idioma que entiende Estados Unidos. Nuestra violencia se debe basar en el terror porque unos musulmanes pobremente armados nunca podrán igualar el poder estadounidense en combate abierto. Aunque nuestra violencia terrorista se dirige principalmente contra los “iconos del poder militar y económico estadounidense”, no se puede ser tan remilgoso y excluir a civiles. Estados Unidos mismo nunca ha perdonado a civiles en sus guerras contra nosotros: casi 500 mil niños iraquíes murieron como resultado de las sanciones impuestas por ese país. Los ciudadanos estadounidenses han elegido libremente a sus gobiernos, muchas veces han apoyado sus políticas (o al menos no han protestado contra ellas o se han deslindado en grandes números) y se han vuelto cómplices directos o indirectos de sus acciones.

Debo hacer dos señalamientos más. El primero es que nuestro terror es una reacción. Sólo respondemos a la violencia terrorista de Estados Unidos. Los estadounidenses nos roban nuestra riqueza y nuestro petróleo, atacan nuestra religión, pisotean nuestra dignidad, nos tratan como peones en su partida de ajedrez global y, encima, cometen la impertinencia moral de llamarnos terroristas cuando no hacemos más que defendernos contra su terrorismo.

En segundo lugar, hago una distinción entre el terrorismo “encomiable” y el “reprobable”. El terrorismo para abolir la tiranía, el dominio externo, los gobernantes corruptos y los traidores corresponde al primer tipo, y el que impone o perpetúa estos males, al segundo. Mis seguidores no asesinan como cobardes ni obtienen ganancias personales con sus acciones. Renuncian a los placeres ordinarios —una carrera, una familia, incluso

a su vida— y demuestran con su sacrificio que los guían los motivos más elevados. Nuestro terrorismo es de naturaleza moral y religiosa, no criminal como afirman nuestros críticos occidentales. Nuestra conciencia está limpia, y digo a mis correligionarios musulmanes que matar a los estadounidenses y a sus aliados, civiles y militares, es un deber individual de todo musulmán.

Saludos
Osama

••••

Estimado Osama
1 de noviembre de 2003

Escucharlo, hermano Osama, me hizo recordar mi diálogo con mis compatriotas terroristas, que se inició en Londres en 1909 y continuó casi hasta mi muerte. En el caso de ellos, como en el suyo, considero su razonamiento perverso y su glorificación de la violencia totalmente abominable.

Se dé cuenta o no, su pensamiento y sus palabras son los de un imperialista. Presenta una imagen aséptica de la historia islámica. Todas las conquistas y los imperios conllevan derramamiento de sangre, opresión e injusticia, y los suyos no fueron diferentes. Los gobernantes musulmanes en la India destruyeron templos hindúes, saquearon las propiedades de los hindúes y convirtieron a grandes masas mediante una combinación de inducción y fuerza. Destruyeron las culturas y las estructuras sociales tradicionales de África e intentaron borrar el recuerdo de su pasado preislámico. Y aunque trataron mejor a los cristianos y los judíos, nunca les otorgaron una ciudadanía igualitaria. Como esto ocurrió hace mucho tiempo, no tiene sentido lamentarlo y repartir culpas, pero sí tenemos el deber de reconocer toda la verdad del pasado y decidir que nunca se vuelva a repetir. Usted no lo hace e incluso está decidido a revivir el dominio musulmán en los países que menciona. Ataca el imperialismo europeo porque acabó con el suyo y ataca a los estadounidenses porque le impiden reestablecerlo. Siendo un imperialista, usted carece de autoridad moral para criticar los designios imperialistas de otros.

No deja de hablar de la verdadera sociedad islámica, cuya gloria desea revivir. A mí no me parece en absoluto una idea atractiva, ni tampoco a la mayoría de sus correligionarios musulmanes. Quiere combinar un Estado centralizado, una economía industrial y armas nucleares con una serie de valores y prácticas islámicos. Se trata de una empresa incoherente. Cuando se opta por las instituciones económicas, políticas y de otro tipo de la modernidad, no se puede escapar a su lógica. Se volvería cada vez más como una sociedad occidental y se vería arrastrado a un proceso de globalización y, por consiguiente, al imperio estadounidense, precisamente lo que dice no querer. Además, estas instituciones no se pueden sustentar si no se crea una cultura apropiada, se transforman de manera radical las instituciones sociales y educativas, entre otras, y se menoscaban justo los valores religiosos y morales que le son tan preciados. Quiere crear sociedades musulmanas poderosas que sean capaces de enfrentar al Occidente. Pero si de verdad es serio en su propósito de crear una buena sociedad, debe compararse con el Occidente. Más bien, debe empezar con los grandes valores del islam, relacionarlos con las circunstancias y las aspiraciones de su pueblo, y asimilar los valores y las instituciones occidentales que enriquecerán a sus sociedades.

Como usted mismo admite, las sociedades musulmanes se han degenerado, pero se equivoca en su explicación. Son degeneradas porque son estáticas, no igualitarias, patriarcales, reacias al cambio y carentes de espíritu de investigación científica, libertad individual y capacidad de acción colectiva o cooperativa. En estos ámbitos, tenemos mucho que aprender del Occidente. Yo he sido un estudiante agradecido con Occidente, pues aprendí mucho de sus tradiciones liberales, cristianas y socialistas, y las integré adecuadamente a formas indias de vivir y pensar. Una división tajante del mundo en Occidente y Oriente no sirve de nada porque homogeneiza a cada uno e impide un diálogo benéfico.

Dice que Occidente está vacío desde el punto de vista espiritual y llama infieles a sus ciudadanos. Aunque el Occidente es consumista y militarista, mu-



chos de sus ciudadanos tienen una sólida conciencia social. La preocupación por los pobres, el Estado de bienestar, el deseo de crear una sociedad justa y las presiones en pro de la justicia global y la intervención humanitaria son ejemplos de esto. La religión es muy importante para muchos en Occidente y algunos de ellos están interesados en entablar un diálogo con religiones no cristianas y aprender de ellas. Se equivoca al pensar que los musulmanes detentan el monopolio de la espiritualidad. La espiritualidad no tiene que ver con la frecuencia con que se reza al día, se ayuna y se va a la mezquita, sino con servir al prójimo y vivir de acuerdo con las grandes virtudes de la humildad, la benevolencia, la tolerancia y el amor universal. En usted veo pocas de estas manifestaciones.

Parece creer que el islam es perfecto. Pero todas las religiones contienen verdades y errores. Además, usted, Osama, afirma conocer los verdaderos principios del islam mejor que nadie y no admite discrepancias. Descarta la adaptación creativa de estos principios a un mundo muy distinto a aquel en el que se articularon por vez primera. Y al pedir al Estado islámico que los imponga a sus súbditos, niega a éstos su libertad religiosa básica. Ésa es la manera más segura de corromper tanto su religión como el Estado y de frenar el crecimiento moral y espiritual de su pueblo. Una persona verdaderamente religiosa quiere vivir de acuerdo con los valores y las creencias de su religión. Si el Estado lo obliga a cumplirlos, entonces su religión pierde todo sentido para ella. Un Estado sostenido en la religión es un sacrilegio, un insulto para dios y para el alma humana.

Usted culpa a los europeos o a los estadounidenses y nunca al islam de su triste predicamento. Olvida la simple verdad de que nadie que venga de fuera puede tener una influencia directa o indirecta en una sociedad a menos que ésta se encuentre podrida, así como ningún cuerpo humano sucumbe a una enfermedad a menos que haya perdido sus recursos regenerativos. Deje de culpar a otros y concentre su energía en reconstruir sus sociedades y revitalizarlas educando y organizando a las masas. Tiene razón cuando dice que muchos gobernantes musulmanes son títeres co-

ruptos de poderes externos, pero olvida que nuestros gobernantes no son una especie importada, sino una versión amplificada de nosotros mismos. Los creamos a nuestra imagen y semejanza y somos responsables de lo que son y hacen. Usted, Osama, no tiene paciencia, ni plan de regeneración social, ni deseos de abordar las causas más profundas del deterioro social. Depende de un grupo muy unido de activistas religiosos para transformar a la sociedad. Sin embargo, cuando logren el poder, también se volverán corruptos, arrogantes y dictatoriales.

Al mismo tiempo que ataca repetidamente a los estadounidenses, no deja de atacar a los judíos y a menudo ha expresado no sólo sentimientos antisionistas, sino también antisemitas. Yo no podría estar en mayor desacuerdo. A diferencia suya, he vivido y trabajado con judíos, admiro sus cualidades intelectuales y morales, y los conozco bien, al igual que su historia. Algunos judíos fueron mis amigos más cercanos en Sudáfrica y uno de ellos compró una granja donde montamos un experimento de vida comunitaria. Considero a los judíos los "intocables del cristianismo". Aunque forman parte esencial de la tradición judeocristiana, durante siglos fueron aislados, rechazados, humillados y sometidos por los cristianos a un trato degradante, cuyo ejemplo más horrendo fue la atrocidad nazi.

Sé bien que no es difícil que las víctimas del ayer se conviertan en los opresores del mañana y esgriman su sufrimiento del pasado para excusar e incluso legitimar su trato brutal a otros. En años recientes, Israel se ha comportado de una manera injusta con el apoyo de Estados Unidos. Hay que oponerse a sus malas acciones, pero usted no debe ser insensible al efecto del sufrimiento pasado en los judíos. Como es natural, los persiguen sus amargos recuerdos históricos, sienten una profunda inseguridad y a veces les resulta difícil confiar incluso en personas de fuera bienintencionadas. Al fin encontraron un hogar y, comprensiblemente, manifiestan un intenso sentimiento posesivo hacia él. Su nuevo hogar dejó a los palestinos sin el suyo y les causó un inmenso sufrimiento. Necesitamos encontrar la manera de hacer jus-

ticia a ambos. Yo era partidario de un Estado binacional de judíos y árabes, así como me habría gustado una India unida. A pesar de todos mis esfuerzos para impedirlo, la India se dividió. Lo acepté con la esperanza de que cuando los dos hermanos en pugna tuvieran su casa por separado y desterraran las hostilidades de sus sistemas, no sólo aprenderían a coexistir en paz, sino tal vez incluso a revivir sus profundos lazos y acercarse. Usted, Osama, debe aceptar la existencia de Israel, infundirle el sentido de seguridad que necesita y trabajar con paciencia para hacer que llegue a apreciar la justicia de la causa palestina. Al amenazarlo, atemoriza a su gente y la empuja a los brazos de sus líderes más reaccionarios y militaristas. Los israelíes sensibles saben que tienen que vivir en medio de sociedades árabes y que éstas no seguirán atrasadas y divididas para siempre.

Por último, debo referirme a sus métodos terroristas. Me parecen inaceptables por motivos pragmáticos y morales. No lo ayudarán a alcanzar sus metas. No harán retroceder a los estadounidenses, que usarán todo su poder para arrasar con sus campos y redes terroristas, como lo hicieron en Afganistán y en otros lugares. A ellos no les importa pasar por encima del derecho internacional e incluso por encima de sus propios procedimientos constitucionales, de modo que no tiene esperanza ante un adversario tan resuelto. Aunque ellos se fueran, sus métodos no podrían vencer a sus colaboradores autóctonos, ya no digamos revitalizar las sociedades musulmanas. No se trata de un ejemplo único de terroristas que quieren crear una sociedad sana. Hoy, Osama, usted usa el terrorismo contra los gobernantes estadounidenses y musulmanes; mañana nuestro pueblo lo usará contra usted y lo justificará de la misma manera. ¿Cuándo terminará este círculo vicioso?

También tengo objeciones morales para su método. La vida humana es sagrada y arrebatarla es algo malo por naturaleza. Además, por más perdido que sea un ser humano, nunca es tan degenerado como para no poder ser convencido o neutralizado por una presión moral organizada. Los seres humanos cometen actos malvados porque están

dominados por ideas malvadas o guiados por el odio, o por las compulsiones de su sociedad que los disponen a hacer cosas que probablemente desapruében en lo personal. La violencia no soluciona ninguna de estas circunstancias.

Como lo demostré con el ejemplo, la resistencia no violenta organizada es el único método moral y eficaz para combatir el mal. Apela al sentido de humanidad compartida del adversario, despierta su conciencia, lo tranquiliza al hacerle saber que no necesita temer ningún daño y moviliza el poder de la opinión pública. También da tiempo para que los ánimos se calmen y actúe la razón, eleva a ambas partes a un nivel más alto de relación, pone al descubierto lo que tienen en común, evita la falsa polarización y acaba con cualquier legado duradero de odio mutuo.

No caiga en el juego de su rival y quede atrapado en la cadena de la acción y la reacción. Lleve usted mismo la carga de su maldad, vuélvase su conciencia y transforme el contexto de su conflicto. A esto lo llamo cirugía del alma, extraer el veneno del odio y movilizar la energía moral del adversario para una causa común.

Tomemos el caso de los palestinos. Ellos han recurrido a la violencia. Israel la ha contrarrestado con una violencia mayor. El resultado es una insensibilización creciente de ambas sociedades. Ahora considere lo que ocurriría si los palestinos siguieran mi consejo. Se abstendrían de proferir todo tipo de amenazas contra los ciudadanos israelíes, reconociéndolos como sus hermanos, apelando a su sentido de justicia y su larga historia de humillación, y harían que apreciaran tanto el sufrimiento que están causando a los palestinos como el daño considerable que se hacen a su propia psique y su propia sociedad. De ser necesario, montarían actos bien organizados de resistencia no violenta y desobediencia civil para señalar sus injusticias y retar al gobierno israelí a mostrar su peor cara.

No puedo imaginar a un gobierno israelí, ni siquiera al de Ariel Sharon, matando a manifestantes desarmados y pacíficos ante la mirada del mundo. Si lo hiciera, no sólo se haría acreedor a una condena universal, incluida la de la

diáspora judía, sino que también dividiría a su pueblo. También estoy convencido de que algunos soldados israelíes desobedecerían las órdenes del gobierno, como ya lo hacen algunos. A diferencia de la actual ola de violencia, las protestas pacíficas tendrían la ventaja de que deslegitimarían la violencia israelí, lo que elevaría la estatura anímica y moral de los palestinos y movilizaría a la opinión pública a su favor.

Me podrá decir, como lo han hecho algunos de sus compañeros, que la no violencia se nos da fácilmente a nosotros los hindúes y es ajena a la tradición islámica. Esto no es verdad. Los hindúes tienen una larga tradición de violencia y, por temperamento, son un pueblo tan violento como cualquier otro. No fue sino después de una larga campaña y de ejemplos exitosos de no violencia como logré que lo aceptaran. En cuanto a los musulmanes, ustedes deben saber que también tienen una larga tradición de resistencia no violenta. Los despiadados pashtunes de las provincias de la frontera noroeste de lo que ahora es Pakistán la abrazaron con un gran éxito bajo la guía de mi amigo Abdul Gaffar Khan. Ninguna religión está inherentemente a favor o en contra de la violencia. Toca a sus líderes interpretarla apropiadamente y guiar a sus seguidores en consecuencia.

Con mis bendiciones y amor
M. K. Gandhi

••••

Estimado Mahatma Gandhi
1 de enero de 2004

Debo confesar que nunca antes tuve algún motivo para leer sus escritos o enterarme de su vida. Usted no es tan conocido en los países musulmanes como lo es en Occidente, y lo único que había oído es que era un líder hindú de la India que no pudo ganarse la lealtad de los musulmanes y luchó contra los británicos con un método pasivo y bastante femenino. Sin embargo, me resultaron suficientemente interesantes algunas de las cosas que dice para leer y reflexionar sobre su vida y su obra. Aunque ahora tengo una visión ligeramente distinta de la situación, no me ha convencido.

Desvirtúa su experiencia india y, como todos los moralistas, la extiende a sociedades donde no se aplica. Como las fuerzas británicas no ocuparon su país tuvieron que depender del apoyo local, lo que naturalmente les impuso restricciones considerables. Los británicos mostraban una actitud ambivalente respecto al imperio y algunos se oponían a él. Por lo tanto, usted siempre contó con un sector simpatizante de la opinión británica para que presionara a favor de su independencia. Cuando usted llegó a dominar el escenario político de la India, los británicos estaban exhaustos, primero por la guerra de 1914-18 y después por la Gran Depresión. Los acontecimientos que provocaron la guerra de 1939-45 y la guerra misma los debilitaron aún más. Por consiguiente, usted estaba en una posición privilegiada para confrontar a un adversario débil, carente de la voluntad y de los medios para seguir gobernando su país. También debe recordar que vivió en una época en la que había varios centros de poder, cada uno de los cuales regía a otros y ninguno, ni siquiera el imperio británico, gozaba de un dominio absoluto.

El contexto histórico en el que yo debo actuar no podría ser más diferente. Está dominado por un solo poder con un alcance global, que se siente triunfador luego de su victoria en la guerra fría y piensa que ahora puede hacer lo que quiera. Su economía está motivada por una enorme sed de lucro y el deseo consecuente de convertir a todo el mundo en un mercado seguro para los bienes estadounidenses. Su sistema político está dominado por el dinero y grupos de presión egoístas, encarcela a más gente que cualquier otro país rico, tiene una población de pobres mayor que la de cualquier otro país avanzado, ha emprendido más guerras clandestinas, indirectas o abiertas que cualquier otro; sin embargo, Estados Unidos considera que su forma de gobierno es la mejor del mundo e insiste, sin el menor pudor, en que tiene el derecho y el deber de exportarla a otros países. Esta tremenda combinación de supuesta superioridad moral, espíritu misionero, interés nacional, miopía moral y poder aplastante en un solo país ha transformado al mundo radicalmente. Sus

ideas, señor Gandhi, corresponden a un mundo que está muerto y no sirven de nada para aquellos que combaten las injusticias actuales.

Se debe frenar a los estadounidenses por el bien de la paz, la estabilidad y la justicia mundiales. Para ello no sólo se requiere poder militar, sino también una visión superior del hombre y de la sociedad que satisfaga los deseos y aspiraciones más profundos del alma. Europa no puede dar esto porque forma parte de la misma civilización occidental y porque está demasiado interesada en compartir el botín del imperio estadounidense. Sólo el islam ofrece una alternativa. Tiene la visión de una sociedad verdaderamente buena y la voluntad de hacerla realidad. También está dotada con la riqueza y la cantidad de gente necesarias, así como con una larga experiencia de gobierno en un mundo plural en los aspectos étnico y religioso. Por lo tanto, es fundamental que los países musulmanes se unan, adquieran armas nucleares, tomen el control de su riqueza petrolera y guíen al mundo por un mejor camino. A esto le llama usted imperialismo. Entiendo sus temores y le aseguro que no tratamos de imponer a otros nuestra manera de pensar, mucho menos restablecer la civilización islámica en los países antiguamente musulmanes, tenemos confianza en que, con el tiempo, su visión moral y espiritual conquistará la lealtad del resto del mundo. La guerra fría estuvo dominada por un choque entre las dos ideologías materialistas del capitalismo y el comunismo. El islam representa una opción superior a ambos, el futuro nos pertenece.

Usted rechaza la modernidad, yo no. El mundo moderno está aquí para quedarse, hay mucho que decir a su favor y cualquiera que opte por mantenerse al margen de él está condenado a la impotencia. No quiero una alternativa para la modernidad como usted, sino una modernidad alternativa, una sociedad que recurra a la tecnología moderna y la ponga al servicio del islam. Quiero armas nucleares, un Estado moderno, industrialización, etcétera, sin lo cual mi pueblo seguiría a merced de Occidente. Lo que no quiero es la cultura moderna secular, igualitaria y liberal con todos sus

males concomitantes: ateísmo, papeles de género confundidos, promiscuidad, homosexualidad, egoísmo, consumismo, etcétera. Esta síntesis cultural, que da a la modernidad un alma islámica, es posible y vale la pena luchar por ella.

A diferencia de usted, no considero que la violencia sea mala por naturaleza. La juzgo con base en sus metas y en su capacidad para realizarlas. Su lucha no violenta se veía constantemente ensombrecida por actividades terroristas que atemorizaban y debilitaban a los británicos y debe otorgárseles tanto crédito por lograr la independencia de la India como a su no violencia. Cada método de lucha requiere ciertas condiciones para su éxito. La no violencia requiere un adversario digno, libertad para organizar protestas y unos medios de comunicación razonablemente imparciales. Usted tenía las tres cosas; yo no. Nosotros no tenemos las libertades civiles que usted disfrutaba. Si recurriéramos a protestas no violentas, los estadounidenses y sus títeres se infiltrarían en nuestras filas, crearían divisiones, difundirían falsedades y, si todo eso fallara, usarían la fuerza para aplastarnos. Después se valdrían de los acomodaticios medios de comunicación globales para manipular la opinión pública a su favor.

Si necesita más pruebas, vea la manera en que los estadounidenses y los británicos justificaron la reciente guerra en Irak. Anunciaron que tenían pruebas irrefutables de que Irak poseía armas de destrucción masiva y todavía no pueden encontrarlas. Cuando Hans Blix llamó a actuar con prudencia, se le vilipendió. Los informes cautelosos de los servicios de inteligencia británicos y estadounidenses fueron adulterados deliberadamente por políticos, que demostraron ser más deshonorosos que sus espías. Ni siquiera se nos dice cuántos civiles iraquíes han muerto en la guerra. Y respecto a las bajas militares, a nadie le importa, como si la vida de un soldado iraquí no valiera nada. Se nos dice poco sobre las atrocidades cotidianas que los soldados estadounidenses cometen contra los civiles iraquíes y, hasta ahora, no se ha juzgado, no digamos castigado, a ninguno de ellos. A la luz de todo esto, no existe ninguna posibilidad de éxito para las protestas no violentas. El mundo ni



siquiera sabrá las humillaciones y atrocidades a las que seríamos sometidos, para qué hablar de que se ejerza presión en nuestro nombre. Usted, señor Gandhi, no tuvo respuesta cuando Martin Buber le preguntó qué consejo les daría a las víctimas judías de los campos de Hitler. Como él señaló, cuando no hay testigos, no hay martirio, sólo un inútil desperdicio de vida.

A diferencia del hinduismo, el islam tiene una postura más benévola ante la violencia y la aprueba e incluso la ordena en ciertas circunstancias. El profeta mismo usó la violencia, al igual que sus seguidores y otros grandes líderes religiosos y políticos musulmanes. Aunque yo abogara en favor de la no violencia, mis correligionarios musulmanes no la aceptarían. Los seguidores pashtunes de Abdul Gaffar Khan sólo usaron la no violencia durante algún tiempo, y luego la abandonaron para recurrir a acciones violentas. No veo otra manera para hacer tambalear el poder de los estadounidenses.

Fue con la violencia como nos libramos de los soviéticos en Afganistán. Estados Unidos entendió esto y nos dio todo el apoyo que necesitábamos. Por eso ahora los asustan los mismo métodos usados contra ellos. Como he dicho en varias ocasiones, la lucha contra los soviéticos fue una profunda "experiencia espiritual" para mí y para mis compañeros de lucha, y representó un momento decisivo en nuestra manera de pensar. Nos dio una gran confianza en nosotros mismos, amplió nuestros horizontes políticos, nos ayudó a construir una red global y nos permitió ir más allá del nacionalismo árabe estrecho, en buena medida étnico, hacia la visión de una mayor unidad islámica. Prefiero seguir con el método con el que mis seguidores y yo hemos tenido éxito y no probar el suyo. Me dice que no debo rebajarme al nivel de mi adversario y debo regirme por principios más elevados. ¿Por qué? Si otros me golpean, yo devuelvo el golpe. Si me dañan a mí o a mi gente, yo los daño. ¿Por qué he de soportar el sufrimiento que implica volverme el redentor de mi adversario? Soy un seguidor del profeta Mahoma, no de Jesucristo.

Suyo
Osama

••••

Estimado Osama
30 de enero de 2004

Usted plantea las siguientes proposiciones. En primer lugar, los estadounidenses están embarcados en un proyecto imperialista para dominar el mundo. En segundo, las sociedades musulmanas deben reestructurarse con base en los verdaderos principios del islam. En tercero, esto no se puede lograr sin antes expulsar a los estadounidenses de sus sociedades y derrocar a sus colaboradores autóctonos. En cuarto, sólo la violencia terrorista permitirá alcanzar estas metas.

En lo que respecta al primer argumento, se equivoca al generalizar sobre los estadounidenses. Algunos grupos corresponden a su descripción, otros no. Muchos estadounidenses están profundamente atribulados por lo que su gobierno hace en su nombre y han protestado contra la reciente guerra en Irak. Algunos de los partidarios del actual gobierno lo son porque tienen miedo después de los sucesos del 11 de septiembre. Su convicción de que su país era invulnerable a los ataques extranjeros quedó hecha añicos y viven temerosos de futuros ataques. Bush los tranquiliza diciéndoles que su guerra global contra el terrorismo les dará la seguridad que anhelan, así que lo respaldan. Mientras usted siga hablando como lo hace, refuerza esa paranoia y apoya la política de Bush. Si hubiera empleado el lenguaje de la paz y se hubiera unido a las fuerzas progresivas de Estados Unidos, habría tenido mayores posibilidades de éxito.

En cuanto a su segundo argumento, no podría estar más en desacuerdo. Toda la experiencia pasada y presente confirma mi idea de que identificar la religión con el Estado corrompe a ambos. La religión tiene un lugar legítimo en la vida pública y es una fuente importante para los compromisos y las motivaciones de la gente. Pero eso es algo muy distinto a decir que el Estado debe basarse en principios religiosos, aplicarlos de manera obligatoria o guiarse de acuerdo con ellos. El Estado se basa en la coerción, la religión en la libertad, simplemente no pueden ir de la mano. En su caso, la situación empeora por el hecho de que no asume una visión

abierta, tolerante y dinámica de la religión, sino estática, dogmática y con pretensiones de superioridad moral. Esto lo compromete con un partido político-religioso sumamente unido que supervisa todas las áreas de la vida personal y social, que es la manera más segura de destruir la religión, de crear un Estado terrorista y convertir a los seres humanos en autómatas desalmados. ¿No ha aprendido nada de las desastrosas experiencias de Irán y de su propia "tierra de las dos mezquitas sagradas", como llama a Arabia Saudita, que, en ambos casos, empiezan a ver la necesidad de separar la religión y el Estado?

Su tercera proposición es sólo cierta en parte. Luego de nuestro debate anterior, analicé con mayor atención la historia de la interferencia de Estados Unidos en los asuntos de las sociedades musulmanas. Entiendo mejor su postura en el sentido de que no puede lograr cambios significativos en su sociedad sin acabar con la influencia estadounidense. Sin embargo, eliminar físicamente a los estadounidenses no significa que podrá desterrar sus valores y su visión de la vida si su pueblo sigue enamorado de ellos. Las ideas sólo se pueden combatir con ideas y se necesita una alternativa estructurada con mayor claridad. Además, mientras su sociedad siga profundamente dividida, aquejada por la injusticia y desprovista de un sentido sólido de libertad y cohesión, será muy débil para resistir la manipulación y el dominio externos. Los ataques terroristas contra extranjeros o sus representantes nacionales pueden darle la febril sensación de euforia y satisfacer su ego, pero al final no logran nada duradero. Necesita construir un cuadro de reformadores y activistas, trabajar con las masas, abrir espacios para la acción mediante actos de protesta juiciosos y crear un movimiento de bases amplias con el poder para reconstituir su sociedad. Cuando su sociedad desarrolle un sentido de identidad colectivo y un sólido espíritu de independencia, Estados Unidos ya no podrá dominarla.

Por último, comete un grave error al rechazar la no violencia. Al enfrentar la brutalidad de los estados sureños de Estados Unidos, Martin Luther King usó la no violencia para lograr el otorga-

miento de derechos civiles a los negros de ese país e infundirles un sentimiento de orgullo y confianza en sí mismos. Los iraníes también la usaron con éxito contra el Sha. Cuantos más manifestantes pacíficos mataban las tropas de éste, más rápidamente se disolvía su régimen, e incluso parte de sus tropas lo abandonaron. Usted dice que mis compatriotas usaron la violencia y que yo la aprobé. Efectivamente, algunos de mis compatriotas recurrieron a la violencia cuando los provocaron más allá de toda resistencia. Aunque dije que era comprensible, lo seguí condenando, ayuné con ánimo de expiación e incluso ofrecí una disculpa por ello a los gobernantes coloniales. Condonar actos aislados de violencia cometidos por personas desesperadas es una cosa; hacer de la violencia el principio central de una lucha es completamente distinto.

También señala, justificadamente, que el martirio necesita testigos y que el papel de los medios es crucial para su éxito. Algunos medios están sesgados y demasiado dispuestos a hacer favores a sus gobiernos; otros no. Tampoco hay ninguna razón por la que no pueda iniciar sus propias publicaciones donde presente sus opiniones como lo hice yo y como lo ha hecho Al-Jazeera. No debe exagerar el papel de los medios en las sociedades plurales. Los medios no pueden pasar por alto totalmente las protestas no violentas, pues esto las desacreditaría. Los hombres y las mujeres comunes y corrientes saben que los medios muchas veces están sesgados, y toman las debidas reservas. Si no fuera así, la magnitud de la oposición a la guerra en Irak en un país como Gran Bretaña sería inexplicable. Incluso me atrevería a decir que al exagerar el poder de los medios, usted cae en la trampa de sus adversarios. Si su causa es justa y la persigue de una manera pacífica y humana, llamará la atención. Mi experiencia lo confirma.

Aunque no crea en la no violencia, debería saber que sus métodos han causado un daño incalculable a su gente: ha desacreditado una gran religión. Hoy millones de personas asocian instintivamente el islam con la violencia y la destrucción. También ha provocado una profunda división en la *umma*, so-

metido a sus seguidores a la tortura y a degradación, y vuelto miserable la vida de muchos inocentes de la diáspora musulmana. Ha dado al gobierno una excusa para desatar una violencia extensiva y poner en marcha un plan de reafirmación global. Es tiempo de que supere su obsesión con la muerte y la destrucción, de que abandone su fervor mesiánico y demuestre un poco de humildad y sentido común. Pero mi religión me prohí-

be rendirme ante ningún ser humano, ni siquiera ante usted.

Suyo
MK Gandhi

© *Prospect*, abril de 2004.

Traducción: Virginia Aguirre.

Ilustraciones: Lourdes Domínguez.

MINUCIAS DEL LENGUAJE

José G. Moreno de Alba

Españolismos en el nuevo Diccionario académico (Primera de dos partes)

En la vigésima edición del Diccionario de la Real Academia Española (1984) (en adelante: DRAE) se consignaba un buen número de argentinismos, mexicanismos, peruanismos, etc. pero, curiosamente, no aparecía un solo "españolismo". Este hecho podría tener dos explicaciones: o bien no había términos ni acepciones privativas de España, o bien toda voz o acepción que se emplee en España debe considerarse como "general", esto es propia de toda la lengua española y no únicamente de una sola de sus variedades. Obviamente ninguna de las dos explicaciones resulta aceptable: la primera es simplemente falsa, pues son muy numerosas las palabras y acepciones que sólo se usan en España; la segunda parecería un verdadero disparate a cualquier estudiante de filología y, particularmente, de dialectología. Sin embargo es necesario aclarar que lo que siempre ha incluido la Real Academia en su lista de abreviaturas

son las marcas correspondientes a todas y cada una de las regiones y provincias de España, así como de muchas de sus ciudades (comienzan con a: Álava, Albacete, Alicante, Almería, Andalucía, Aragón, Asturias, Ávila...). Asimismo es conveniente tener en cuenta que, entre estas marcas, no está la de Madrid. ¿Cómo debe entenderse esto?, ¿no hay madrileñismos?, ¿toda voz empleada en Madrid se considera de uso en toda España? En todo caso, en esa edición, quedan explicadas voces de Álava, de Albacete, de Alicante, etc., pero ninguna de Madrid ni, tampoco, de toda España.

Señal inequívoca de que sí hay españolismos y de que éstos deben consignarse como tales en el DRAE es el hecho de que en la vigésima primera edición de este lexicón (de 1992), a la lista de abreviaturas se añade la marca Esp. (España). Ésta era una buena noticia. Deja de serlo empero cuando se observa cuántas y cuáles son las voces o acepciones que, en esa edición, se consideran propias de España. Son sólo doce (!). Dos de ellas, además, tienen otras marcas (aparte de la de España): *besana* ("porción de tierra labrantía") se emplea también, según el DRAE, en Cuba y México (?); *Diesel* (con mayúscula [!]) y con el significado de "aceite pesado, gasoil" es de uso también en Costa Rica, Cuba, México y Puerto Rico. Creo que la expresión *dar caña* ("golpear, vapulear"), y el término invariable *cañón*

("estupendo, fenomenal, muy bueno") que el DRAE registra como propios de España se emplean en otras partes, al menos en México. La ya citada *besana* puede verse como un "rarismo": entre los millones de voces del Corpus de Referencia del Español Actual aparece sólo una vez. Quizá también sea un "rarismo" la expresión, documentada en el DRAE como españolismo, tener alguien más cuento que Calleja ("ser quejicoso o fantasioso, falsear la realidad, exagerando lo que le afecta particularmente"). Por lo contrario, creo que sí son en efecto españolismos (así registradas en el DRAE), pero limitadas casi totalmente a la lengua hablada y a la prensa, voces como *cheli* ("jerga con elementos castizos, marginales y contraculturales"), *chanchi* y *chachi* ("estupendo, muy bueno"). Otros españolismos de esa edición del DRAE son: *bonobús* ("tarjeta que autoriza al portador para un cierto número de viajes en autobús"); *bonoloto* ("cierto tipo de lotería consistente en participar con un mismo boleto en uno o varios sorteos de los que se efectúan por semana"); *capitán general* ("cargo correspondiente al mando militar supremo en las regiones terrestres y en los departamentos marinos"); *comisaría de policía* ("cada una de las que, con función permanente, existen en las capitales de provincia distribuidas por distritos").

El número de españolismos, en la más reciente entrega del DRAE (2001) sube a